

muy bien que la diferencia de costumbres en diferentes lugares y tiempos no impide la salud eterna, mientras que se conserve la union en la fé y en la caridad (1).

El papa envió luego á Constantinopla al mismo cardenal Humberto, y otros dos legados con cartas para el emperador y el patriarca. Con aquel se queja de que este haya anatematizado á los que consagran el sacramento con pan ázimo, y pretenda sujetar á su jurisdiccion los patriarcas de Alejandria y Antioquia; y al mismo Cerulario le reprehende de que se arrogue el título de patriarca ecuménico, y de que persiga y calumnie á la Iglesia latina (2). Humberto trabajó una respuesta á la carta de Cerulario, en que refiere el mismo texto, y va respondiendo á cada artículo con mucha solidez (3). Prueba entre otras cosas, que Cristo celebró la Pascua legal, y que por consiguiente habian comenzado ya los dias de ázimos, no habia pan fermentado, y fué preciso que la nueva Pascua la instituyese Cristo tambien con ázimo. Humberto impugnó otro escrito de un monje Studita llamado Nicetas; el cual despues se retractó, anatematizó públicamente su escrito intitulado: *Del ázimo, del sábado, y del matrimonio de los presbíteros*; y á cualquiera que niegue á la Iglesia romana la primacia sobre todas, ó calumnie su fé.

El patriarca Miguel jamás quiso hablar á los legados, y viendo estos tanta obstinacion, el dia 16 de julio de 1054 en presencia del clero y pueblo de Constantinopla pusieron

(1) León IX, ep. 4 et 5.

(2) *Ib.*, ep. 6 et 7.

(3) Ap. Baron. ad Saleem, t. XI.

sobre el altar de Santa Sofia un auto de excomunion, y el dia 18 habiéndose despedido del emperador, y recibido sus regalos salieron de Constantinopla. Entonces dijo Miguel que trataria con ellos: avisóselo el emperador, estaban ya en Selimbria, y volvieron al instante. Propuso Miguel que se celebrase un concilio en Santa Sofia, y los legados convinieron. Pero sabiendo el emperador que Miguel llevaba el criminal desigño de hacer asesinar á los legados, para proceaverlo quiso asistir personalmente en el concilio. El patriarca se opuso con tenacidad; el emperador viendo las cosas tan mal dispuestas, dijo á los legados del papa que se volviesen sin esperar más. Miguel entonces publicó un decreto contra la excomunion que fulminaron los legados, aparentando creer que estos habian obrado sin noticia y contra las instrucciones del papa.

En este intervalo Dominico patriarca de Grado, escribiendo á Pedro de Antioquia, se lamentaba de que el de Constantinopla moviese tanto ruido porque los latinos usaban de pan ázimo: « Siendo así, decia, que nosotros aprobamos la costumbre de los orientales, y hallamos significaciones místicas en esta variedad de costumbres. Una y otra viene de tradicion de los apóstoles; y querer impugnarlas descaradamente despues de tantos siglos, no es edificar sino destruir hasta los fundamentos de la Iglesia. » El patriarca de Antioquia en su respuesta impugna el uso del pan ázimo, y dice que san Pedro y san Pablo los introdujeron por aquella condescendencia con que al principio toleraban algunas observancias judáicas. « Pero, añade, el patriarca de Constantinopla no procede con tanta violencia como dice contra

vuestra reputacion, ni os separa de la Iglesia. Sabe que sois ortodoxos, y siente mucho que en este solo punto os aparteis de nosotros.» Así lo creeria Pedro; pero luego veria que Miguel Cerulario procedia contra los latinos con violenta pasion; pues habiendo visto Miguel la carta de Pedro á Dominico, le escribió sobre este asunto. Supone que las cartas y embajadas del papa no fueron más que una ficcion de Argiro: dice que los legados procedian con mucha altivez; y añade: «Me han dicho que vos y los patriarcas de Alejandria y Jerusalem habeis puesto al papa en los sagrados dipticos. Pero no puedo creerlo; porque es imposible que vos no sepais que desde el concilio sexto se quitó el papa de los dipticos de nuestras iglesias, á causa de que Vigilio, que lo era entonces, no quiso asistir, ni anatematizar los escritos de Teodoreto, Cirilo, é Ibas. Me han dicho tambien que esos dos patriarcas comunican con los que usan de pan ázimo, y que ellos mismos le usan alguna vez en el sacrificio.» Acusa despues á los latinos de que judaizan de muchas maneras, y pone por ejemplo unas prácticas que prueban lo contrario, como ayunar en sábado, comer carnes sofocadas é inmundas, y otras inconexas, como afeitarse, usar lacticinios en viernes, y comer carne algunos monjes. Reprehende la adiccion de la palabra *Filioque*, la prohibicion del matrimonio de los presbiteros, y el que los obispos vayan á la guerra, y usen anillos como desposados con sus iglesias. Añade en fin varias ridiculas calumnias, como que los latinos no veneran las reliquias, ni las imágenes, ni tienen por santos á san Gregorio el Teologo, san Basilio y san Juan Crisóstomo.

A esta carta de Cerulario contestó Pedro de Antioquia. Le manifiesta la equivocacion de suponer á Vigilio en tiempo del concilio vi, y añade: «Así yo como otros muchos eclesiásticos no podemos dejar de testificar que en tiempo del patriarca Juan de Antioquia el nombre del papa estaba en los sagrados dipticos. Asimismo cuarenta y cinco años hace estando en Constantinopla en tiempo del patriarca Sergio. el papa era nombrado en la misa con los demás patriarcas: cómo ó por qué se quitó posteriormente, yo no lo sé.» Va siguiendo despues los cargos que hacia Miguel á los latinos; confiesa que el uso de pan ázimo en el sacrificio no puede sostenerse, sino por ser costumbre antiquísima; observa que los demás son calumnias evidentes, ó cosas tolerables, por las cuales no es menester romper, y concluye: «Os conjuro, pues, echándome en espíritu á vuestros piés, que useis de condescendencia. Considerad que esa larga division entre nuestra iglesia y aquella grande Silla Apostólica es la fuente de todas nuestras desgracias; los reinos están perturbados, las ciudades y provincias desoladas, y nuestros ejércitos en ninguna parte prosperan. Segun mi modo de pensar, si ellos se corrigen en la adiccion al simbolo, nada más se les ha de pedir; hasta la cuestion de los ázimos debe darse por indiferente. El Dios de la paz se digne inspiraros condescendencia (1).» El patriarca Miguel en todos sus escritos se queja, como de la cosa más insoportable, de que los legados pretendiesen no haber de ser instruidos y corregidos, sino instruir y corregir en nombre del papa: y es fácil observar que toda la raiz del cisma era

(1) Apud Eotel. Monum. Gr., t. II, p. 168.

la idea de los constantinopolitanos, de que su iglesia habia de ser la primera en todo.

Desde esta época infeliz fué cundiendo más y más el cisma del Oriente. El emperador Miguel Parapinaceo parece que comunicaba con los latinos, pues hizo algunas limosnas á Monte Casino: el papa Alejandro en 1071 le envió san Pedro de Anagnia por legado, y en 1078 san Gregorio VII excomulgó al nuevo emperador de Constantinopla que depuso á Miguel. Teofilacto suponía que los errores que se atribuían á los latinos no debían romper la unidad de la Iglesia, y que sola la adición al simbolo y la opinión que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo hacían odiosa la comunión de los latinos, y debían impugnarse con eficacia (1). En el siglo siguiente hallamos á los emperadores Comnenos en comunión con la Santa Sede, y especialmente Manuel se manifestaba deseoso de restablecer la mejor armonía entre los dos cleros. Adriano IV envió dos legados á este emperador, y escribió á Basilio de Acrida, arzobispo de Tesalónica, para que cooperase á la reunión de las iglesias. Basilio respondió al papa que entre griegos y latinos no había división, pues tenían una misma fé, que es la de san Pedro, y ofrecían un mismo sacrificio. « Es verdad, añade, que subsisten algunos leves motivos de escándalo que nos han indispuerto á unos contra otros; pero Vuestra Santidad puede cortarlos con su autoridad sin duda grande, y procediendo de acuerdo con el emperador, que está animado de los mismos deseos.

Como Basilio pensarían otros muchos; pero en general la

(1) Ap. Nat. Alex., sec. xi et xii, cap. 4, art. 3, et Mansi ibid.

Iglesia griega miraba entonces por cabeza suya al patriarca de Constantinopla, y se figuraba que el papa solo era cabeza de la Iglesia latina. Por esto los embajadores del emperador Manuel decían al papa Alejandro III que el emperador quería reunir la Iglesia griega con la latina, de modo que fuesen un solo pueblo con una sola cabeza, como habían estado antiguamente (1). Ya por los años de 1137 unos embajadores del emperador de Constantinopla al de Alemania trataban á los latinos de azemitas, y pretendían que estaban excomulgados por haber añadido una palabra al simbolo: decían que el papa era un emperador y no un obispo, pues trataba siempre de expediciones militares, y no podían sufrir que los obispos y monjes mandasen tropas, llevasen armas, y vistiesen de color de púrpura. Alegaban también muchas autoridades para justificar la vida conyugal de sus presbíteros (2). Anselmo, obispo de Abelberga en la baja Sajonia, estuvo en Constantinopla como embajador del emperador Lotario, y tuvo algunas conferencias y disputas con los griegos, una de ellas pública con gran formalidad. Según la relación que hace el mismo Anselmo en su libro *Anticimemon*, los griegos se suponían del todo separados de la Iglesia romana por dos principales razones: por la primacía que esta pretendía, y por la procesion del Espíritu Santo, bien que tenía Anselmo algunas esperanzas de que podrían reunirse en un concilio general.

Guillelmo de Tiro refiere que Andrónico luego que mandó en Constantinopla, quiso acabar con los latinos. El mayor

(1) Ap. Baron., an. 1153.

(2) Chron. Casin., cap. 116.

número de estos se escapó en cuarenta y cuatro naves, y trataron á los pueblos de la costa de Helesponto con la misma barbarie que habian usado los griegos con los latinos que no tuvieron tiempo de huir de la capital. En efecto, luego que llegó á esta ciudad el ejército de Andrónico, todos los latinos sin excepcion de clérigos, monjes, mujeres y niños habian sido asesinados ó quemados en las casas ó iglesias en que estaban. A Juan, cardenal, que trataba con el emperador Manuel de la reunion de la Iglesia, le cortaron la cabeza, y la ataron á la cola de un perro, y así la arrastraban por las calles. Observa Guillelmo que este ódio de los griegos contra los latinos, no solo provenia del favor que estos habian logrado con el emperador Manuel, sino tambien porque estaban acalorados sobre las cosas de religion; y léjos de ceder á la autoridad de la Iglesia romana, tenian por herejes á todos los que no seguian sus particulares tradiciones. Así se explica Guillelmo, que habia estado mucho tiempo en Constantinopla. Teodoro Balsamor por los años de 1193 suponia al papa de la antigua Roma arrojado de la Iglesia, aunque no dice por qué autoridad ni en qué tiempo. Despues que los latinos se apoderaron de Constantinopla, su conducta no fué muy á propósito para ganar á buenas á los griegos; ni su imperio constante y fuerte para reducirlos por temor. En el concilio IV de Letran se habla de unos griegos que miraban á los latinos con tanto ódio, que lavaban los altares en que habia celebrado algun latino, y tenian su bautismo por inválido. Tanto se apoderó de los griegos el espíritu de division desde el tiempo de Miguel Cerulario (1).»

(1) Amat, lib. IX, cap. VII.

Reproducida la anterior narracion explicativa del gran cisma del Oriente, vamos á ocuparnos de otras herejias pertenecientes á estos dos siglos.

FÉLIX Y ELIPANDO.

Al historiar el adopcianismo (página 103 de este tomo), hemos tenido que hablar necesariamente de Félix, obispo de Urgel, y del arzobispo de Toledo Elipando. Esto no obstante, creemos oportuno dedicar un artículo separado á estos desgraciados prelados españoles que naufragaron en la fé.

Despues de lo dicho en el artículo *Adopcianos*, debemos únicamente añadir que Félix parece que se convirtió al fin, reconociendo su error: que Elipando ignorando esta circunstancia le escribió diciéndole que habia recibido una carta suya, la que habia enviado á los hermanos de Córdoba. No existe una prueba cierta de la conversion de Elipando, pero muchos escritores eclesiásticos la dan por segura. «Por lo que hace á la conducta moral y religiosa, tanto de Félix como de Elipando, dice el historiador de la Iglesia de España, señor La Fuente, parece haber sido irreprehensible, segun dicen los contemporáneos. La conversion de Félix es dudosa: depuesto en el concilio de Aquisgran, murió en Leon donde habia sido desterrado. Agobardo, obispo de Leon, encontró entre sus papeles una esquelá con varias preguntas en sentido del adopcianismo. Esto no es suficiente indicio para creer en una segunda reincidencia, y aun

hubo algunos que creyeron encontrar algo de animosidad en la conducta de Agobardo. Dicese que durante el error de Félix, su cabildo permaneció constante en la fé, por lo cual se concedió á varios de sus prebendados el uso de mitras y el título de *Canonici prælati*, si bien Villanueva en el tomo x de su *Viaje literario* rebatió esta suposición: el título de *canonici prælati* se daba á las dignidades en este y otros cabildos (1).

BAANITAS.

Herejes, sectarios de un tal Baanes, que se titulaba discípulo de Epafrodito y enseñaban los errores de los maniqueos, por los años 810. Sus sectarios tomaron su nombre, siendo conocidos por *baanitas* (2).

ASTACIANOS.

Herejes del siglo ix, secuaces de un tal Sergio, el cual habia renovado los errores de los maniqueos. Su nombre, derivado del griego, significa *sin consistencia, variables, inconstantes*, porque cambiaban de lenguaje y creencia á su capricho. Se creían fuertes con el apoyo del emperador Nicéforo, que los favorecía; pero su sucesor Miguel Europalato los reprimió por medio de unos edictos muy severos.

(1) La Fuente: Hist. Eccl. de España, § CLV.

(2) Pedro de Sicilia: *Hist. del maniqueismo renaciente*.—Baronio, *ad ann.* 810.

Se cree que estos son los que Teófanos y Cedreno llaman *antigarianos*. El P. Goar, en sus notas sobre Teófanos en el año 803, pretende que las turbas de vagos, conocidos en Francia por el nombre de *bohemios* y *egipcios*, eran restos de los astacianos; mas esta conjetura no se conforma con la idea que Constantino Porfirogeneto y Cedreno nos dan de esta secta: nacida en Frigia, dominó allí, y se extendió poco en lo restante del imperio. Los *astacianos* unían el uso del bautismo á todas las ceremonias de la ley de Moisés, y formaban una mezcla absurda de judaismo y del cristianismo.

ESTERCORANISTAS.

Este fué el nombre que se dió á los que sostenían que el cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía, recibido por la comunión, estaba sujeto á la digestión y á sus consecuencias como los demás alimentos.

Por más que Mosheim diga que el *estercoranismo* era una herejía imaginaria, ello es que otros escritores hablan muy detenidamente de ella, y Pluquet dice que apareció á mediados del siglo ix, en cuya época dió lugar á muchas y acaloradas discusiones. Por aquel tiempo, dice este autor, los sajones no estaban aun muy instruidos en las verdades de la religión cristiana, y Pascacio hizo para ellos un tratado del cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo. Establecía el dogma de la presencia real, diciendo que recibíamos en la Eucaristía la misma carne y el mismo cuerpo que habia nacido de la santísima Virgen.

Pascacio no se separaba en su explicacion de la doctrina católica : antes que él todos los católicos desde principios de la Iglesia habian creído que el cuerpo y la sangre de Jesucristo estaban verdaderamente presentes en la Eucaristía, y que el pan y el vino se convertian en virtud de las palabras de la consagracion en el cuerpo y sangre de Jesucristo ; pero los sajones no tenian costumbre de decir formalmente que el cuerpo de Cristo en la Eucaristía era el mismo que nació de la santísima Virgen.

Así, pues, las expresiones de Pascacio levantaron una grande polvoreda, y se dirigieron contra él cargos de los que supo defenderse. Los hombres más notables de aquella época tomaron parte en las cuestiones suscitadas, unos en favor de Pascacio y otros defendiendo á sus adversarios.

Empero debe notarse que los enemigos ó adversarios de Pascacio no negaban el dogma de la Eucaristía; antes bien, reconocian la presencia real de Jesucristo : lo que condenaban era la manera de expresarse. Todos, pues, reconocian la presencia real de Jesucristo en la santísima Eucaristía.

Despertóse, pues, la curiosidad, y lo que se trataba de investigar era si alguna parte de la Eucaristía estaba sujeta á la digestion como los otros alimentos cuando se recibia en la comunión.

Algunos opinaron que las especies de pan y de vino que subsisten despues de la consagracion estaban sujetas á los diferentes cambios que experimentan los demás alimentos: otros, por el contrario, decian que es indecente hasta el pensar que nada de lo perteneciente á la Eucaristía pasara por los diferentes cambios á que están sujetos los alimentos

ordinarios, y dieron á aquellos que sostenian lo contrario el nombre odioso de estercoranistas ; pero injustamente, porque nadie ha creído que el cuerpo de Jesucristo sea digerido.

Bergier hablando de esto dice : « En el siglo xi los teólogos que sostenian que la sustancia de pan y vino se convierte en la Eucaristía en cuerpo y sangre de Jesucristo, imputaron á los que llevaron la contraria opinion esta odiosa consecuencia, que este cuerpo y sangre adorable están sujetos en el estómago á la digestion y sus consecuencias. Argüian con las palabras del Salvador : *Todo lo que entra en la boca descende al vientre y se evacua*. Los que negaban la transustanciacion no dejaron de redargüir lo mismo á sus adversarios, diciendo que una vez que el cuerpo y sangre de Jesucristo tomaban el lugar de la sustancia de pan y vino, debian sufrir las mismas alteraciones que deberia haber sufrido la sustancia de pan y vino si la recibiera el que comulga.

« No trataremos de saber si son los enemigos del dogma de la presencia real los primeros autores de este odioso argumento más bien que los defensores de la transustanciacion ; esto es tanto más probable, cuanto que los sucesores de los primeros aun lo están repitiendo en el día ; nos contentaremos con la confesion de Mosheim, quien conviene en que esta imputacion no era de hecho aplicable ni á unos ni á otros, y que las acusaciones provenian más bien de un fondo de malignidad que de un verdadero deseo de averiguar la verdad. Sin impudencia, dice, no puede usarse contra los que niegan la transustanciacion, sino contra los

que la sostienen, aunque tal vez ni unos ni otros fueron nunca tan insensatos que la admitiesen. *Hist. ecles., siglo IX, 2.^a parte, c. 3.^o*

»No debía poner en duda, más bien debía confesar francamente que este argumento era absurdo en ambos partidos. Más equitativos que él, demostraremos que este argumento nada prueba ni sirve contra ninguna de las opiniones verdaderas ó falsas que se siguen en las diferentes sectas cristianas respecto á la Eucaristía, porque nunca dejaremos de hacer justicia aun á nuestros enemigos.»

Habiendo presentado aquí este razonamiento del ilustrado abate Bergier, estamos en el deber de continuar sus acertadas observaciones sobre este punto. Son las siguientes :

1.^o No puede hacerse justicia á los calvinistas que niegan la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, ni á los luteranos que en el día pretenden que se recibe realmente en ella su cuerpo y su sangre, aunque no en virtud de una presencia real y corporal del Salvador en el pan y el vino, sino en virtud de la comunión ó de la acción de recibir estos símbolos.

2.^o Lutero y sus discípulos, que admitían la empanación uniendo el cuerpo y sangre de Jesucristo con la sustancia de pan y vino, no daban ménos motivo á la acusación del *estercoranismo* que los defensores de la transustanciación; pero Mosheim y Basnage no los acusaron, porque sus acusaciones las reservan únicamente para los católicos. Mas no es difícil justificar á los empanadores : ellos enseñaban sin duda que el cuerpo de Jesucristo no está bajo el pan ó con el pan, sino en cuanto este alimento conserva su forma y

cualidades sensibles ; que el pan, despues de convertido en quilo en el estómago, ya no es pan, y por lo mismo no está unido al cuerpo del Salvador.

3.^o Es preciso ser excesivamente temerario para sostener esta acusación respecto á los católicos. Nunca pensaron que el cuerpo de Jesucristo permanece bajo las especies ó cualidades sensibles de pan cuando estas ya no existen. En el momento en que las especies sacramentales bajan al estómago, se mezclan con otros alimentos ó con los humores que deben cooperar á la digestión. Desde entonces empiezan á alterarse estas especies ó cualidades sensibles, y desaparecen del todo al tiempo de convertirse en quilo; por consiguiente desaparece también el cuerpo de Jesucristo: ¿cómo este cuerpo adorable ha de estar sujeto á las *consecuencias de la digestión*, si deja de existir allí por la digestión de las especies sacramentales?

En su *Hist. de l'Eglise, l. 16, c. 6*, pone Basnage una larga disertación sobre el *estercoranismo*, y en ella dice, aunque con poco juicio, que los accidentales que pueden sobrevenir al cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía embarazan muchísimo á los teólogos que admiten la presencia real; pero realmente podrán servir de embarazo á los que no reflexionan. Tal vez incomodan á los que principian por argüir sobre la sustancia de los cuerpos, pero nosotros los suplicamos que nos digan qué cosa es esta sustancia separada ó abstraída de toda cualidad sensible, y que nos den de ella, si pueden, una idea clara y distinta; y si no pueden, ¿de qué sirven sus argumentos?

Hé aquí el más fuerte. Los santos Padres dicen que la

Eucaristía alimenta nuestro cuerpo y nuestras almas : lo que produce este efecto es la sustancia de un alimento y no sus cualidades sensibles ; con que una vez que la sustancia de pan, segun nosotros, desaparezca de la Eucaristía, es indispensable que supla los efectos de la nutricion del pan la sustancia del cuerpo de Jesucristo. ¿Es indisoluble este argumento ? Les suplicamos que nos digan : ¿qué es nutrir el cuerpo ? Sin duda no es otra cosa que aumentar su volúmen. Que nos digan : ¿cómo una sustancia corporal, despojada de todas sus cualidades sensibles, y por consiguiente del *volúmen*, puede aumentar el de nuestro cuerpo ?

Los santos Padres dicen que la Encaristía, el pan eucarístico, el alimento consagrado, etc., alimenta nuestro cuerpo ; pero no dijeron que el cuerpo de Jesucristo, ó la sustancia de este cuerpo adorable, ó la sustancia del pan, ó cuál de estas tres cosas produce el efecto de la nutricion. Todos ellos creían, como nosotros, que despues de la consagracion no queda la sustancia de pan, y todos percibían que la sustancia del cuerpo de Jesucristo, despojada de toda cualidad sensible, no podia producir un efecto fisico como la nutricion.

Poco nos importa lo que se dijo en los siglos ix y xi, y despues por los eclesiásticos, en órden á esta disputa. Aun cuando nos viéramos precisados á confesar que todos discurrieron y se explicaron mal, ningun perjuicio resultaria contra la creencia católica. Es una grandisima sinrazon atribuir el *estercoranismo* á Nicetas, á Amalario, á Rábano Mauro, á Heribaldo, á Ratramno, etc. ; y aun cuando fuese cierto que todos se defendieran mal, nada se seguiria de esto.

Hubiera sido mucho mejor no haber aplicado á la sagrada Eucaristía ideas de física y metafísica muy oscuras y muy inciertas, que no pueden servir sino para hacer la cuestion más complicada, ni tratar de explicar con nociones falibles un misterio esencialmente inexplicable, pero el prurito de los protestantes de producir estas disputas sobre la escena solo prueba su malignidad.

Sin duda estaba ciego Basnage en medio del dia cuando afirmó en el título del *cap. 6 que la Iglesia griega, antigua y moderna, es estercoranista*, porque los griegos sostenían que la percepcion de la Eucaristía quebrantaba el ayuno. Había perdido toda la vergüenza cuando tuvo la osadía de atribuir el origen del *estercoranismo* á san Justino, porque dice, *Apol. 1, n. 66*, que la Eucaristía es un alimento con que se nutren nuestra carne y sangre, y á san Ireneo, porque dice, *adv. Heres., l. 5, c. 2, n. 2 y 3*, que nuestra carne y sangre se nutren y aumentan con este pan y este alimento, que es el cuerpo de Jesucristo. Basnage ha adulterado este texto poniendo las siguientes palabras : *que se llama el cuerpo de Jesucristo*. Lleva más adelante su torpeza añadiendo que Orígenes fué *estercoranista* público, porque dijo que el alimento consagrado por la palabra de Dios y por la oracion *en lo que tiene de material*, baja al vientre y se evacua, *in Mat., t. 2, n. 14* ; que se debe poner en el mismo rango á san Agustín y á la iglesia de Africa, porque en el *serm. 57, c. 7, n. 7*, dice estas palabras : « Tomamos el pan de la Eucaristía, no solo para que este sacie nuestro estómago, sino tambien para que se nutra nuestra alma. » Finalmente á la iglesia de España, porque un concilio de

Toledo en el siglo vii declaró que solo se debía consagrar hostias pequeñas para la comunión, porque no se cargase mucho el estómago del sacerdote que debía consumir los restos.

Nos avergonzamos de referir tan odiosas acusaciones, aunque siempre es bueno mostrar hasta qué punto llega el empeño y el espíritu de vértigo de un protestante. Basnage hizo todo lo posible por probar que los antiguos Padres de la Iglesia no creyeron la presencia real ni la transustanciación : y aquí se vé su inconsecuencia atribuyéndoles la ilación más falsa y más irritante que puede sacarse de estas dos verdades.

Solo nos tomaremos el trabajo de justificar á Orígenes. Cuando dijo, el alimento consagrado en lo que tiene de material, ó este padre entendió la *sustancia de pan*, en cuyo caso ó no creyó la presencia real, ó supuso la empanación, y hemos hecho ver que á ninguno de estos dos sistemas se puede imputar el *estercoranismo*, ó en dichas palabras entendió solamente las cualidades materiales y sensibles de pan, como nosotros pensamos, y entonces la acusación es aun más absurda, como ya lo hemos probado. Véanse las *Notas* de los editores de Orígenes sobre este lugar.

Los protestantes se incomodan cuando nosotros atribuimos algun error á los herejes antiguos ó modernos por via de consecuencia, y ellos no cesan de acudir á este expediente para imputar á los Padres y á toda la Iglesia, no solo los errores, sino tambien infamias.

Basnage habia confesado que ningun transustanciador fué nunca tan insensato que admitiese el *estercoranismo*,

no solo por el respeto que profesan al cuerpo del Hijo de Dios tan opuesto á este modo de pensar, sino tambien porque siendo invisible en la Eucaristia este cuerpo adorable, igualmente que indivisible, impalpable é insensible, no pueden los transustanciadores creer que esté sujeto á la digestión y sus consecuencias. *Ibid.*, c. 6, § 3. ¿Se arrepintió de este rasgo de buena fé? No, pero quiso probar que los Padres no admitian la transustanciación, porque eran *estercoranistas*.

Repito que esto parece un delirio. Si los Padres no creyeron la transustanciación, por lo ménos es preciso que hubiesen creído la presencia real, porque de otra manera seria un desatino acusarlos de *estercoranismo*. Si admitieron siquiera la presencia real, digannos cómo la concibieron, y entonces probaremos que esta odiosa imputación es siempre igualmente opuesta al buen sentido.

Si cuando dijo Mosheim que el *estercoranismo* no es más que una imputación maligna, aludía á Basnage, tenia ciertamente razón. Los incrédulos se aprovecharon de estos falsos principios para vomitar blasfemias groseras y escandalosas contra el misterio de la Eucaristía. (*Bergier.*)

CLAUDIO DE TURIN.

Este hereje adoptó en el siglo ix los errores de los iconoclastas y de Vigiliano. Algunos abusos que creyó ver en la devoción de los fieles le llevaron á atacar la veneración de las reliquias y de las imágenes. Colocado en la sede de

Turin el año 823, en la primera visita pastoral que hizo en su diócesis mandó quemar las cruces y las imágenes que había en las iglesias, cuyo atentado escandaloso sublevó al pueblo contra él. Fué refutado victoriosamente por Dungale y por Jonás de Orleans, y condenado en el concilio de París, el cual declaró que debían conservarse las imágenes en los templos para la instruccion de los fieles, empero sin adorarlas ni darles un culto supersticioso.

GOTESCALC.

Era este un monje de la órden benedictina de la abadía de Orbais, en la diócesis de Soissons, el cual turbó la paz de la Iglesia en el siglo IX, por sus errores sobre la gracia y la predestinacion. En un concilio celebrado en Maguncia en 848, presidido por Raban Maur, arzobispo de aquella diócesis, Gotescalc presentó un escrito, en el que decia haber dos clases de predestinacion, y que, así como Dios, antes de la creacion del mundo, predestinó invariablemente á todos los elegidos á gozar de la vida eterna por su propia virtud, así predestinó á los malos por sus crímenes á la muerte eterna. Reprendia á Raban por decir que los malos no estaban predestinados á la condenacion, sino que era esta únicamente prevista. Condenóse la doctrina de Gotescalc, á quien se destinó á Hincmar. Raban le hizo observar, lo que no se nota en su escrito, que Dios predestina indistintamente por el mal y por el bien; previniendo al propio tiempo que Gotescalc fuese encerrado.

Hé aquí la enseñanza de Gotescalc:

1.º Dios, desde toda la eternidad, ha predestinado á unos á la vida eterna y los otros al infierno: que este doble decreto es absoluto, independiente de la prevision de los méritos ó de los deméritos futuros de los hombres.

2.º Que los que Dios ha predestinado á la muerte eterna no pueden salvarse, y que los que ha predestinado á la salvacion no pueden condenarse.

3.º Que Dios no quiere salvar á todos los hombres, sino solamente á los elegidos.

4.º Que Jesucristo no murió más que por los últimos.

5.º Que despues de la caida del primer hombre, no somos más libres para practicar el bien, sino para hacer el mal.

No es necesario ser un profundo teólogo para comprender lo absurdo é impío de esta doctrina. La condenacion de Gotescalc no dejó de levantar cierta polvareda, pues si el hereje tuvo muchos contrarios, no dejó de tener un buen número de sectarios, que nunca faltan á los que empuñan la bandera de la rebelion.

En 853 Hincmar celebró el concilio III de Quiesi-sur-Oise, en el que algunos obispos y abades suscribieron cuatro artículos compuestos por Hincmar, contra la doctrina de Gotescalc. Estos cuatro artículos se llamaron *Capitula Carisiaca*. « Como quiera que es difícil sobre esta materia, dice Pluquet, explicarse con bastante precision, para prevenir todas las falsas consecuencias, algunos teólogos se disgustaron. Ratramno, monje de Corbia, Amolon, arzobispo de Lyon, el abad de Farrieres, y san Remí, sucesor de

Amolon, atacaron á Hincmar y á los artículos de Quiessi.

En 855 se reunió en Valencia del Delfinado un concilio por órden del emperador Lotario, en 8 de enero, para juzgar al obispo de aquella ciudad sobre el que pesaban algunas acusaciones. Catorce obispos de las provincias de Lyon, Viena y Arlés formaron en union con sus metropolitanos veinte y tres cánones, de los cuales los seis primeros son dogmáticos. En el tercero de estos artículos decian los obispos: «Confesamos resueltamente la predestinacion de los elegidos para la vida eterna, y la predestinacion de los malos para la muerte; pero en la eleccion de los que se salvarán la misericordia de Dios precederá á su mérito; y en la condenacion de los que perecerán, su demérito precederá á los justos juicios de Dios.» Luego anatematizaron como inútiles, perjudiciales y contrarios á la verdad los cuatro artículos de Quiessi, y diez y nueve más de Juan Escoto, á quien habia decidido Hincmar á escribir sobre materias que no comprendia: con todo dice Hincmar más adelante, que no habia podido descubrir el autor de estos artículos, en lo que demuestra más artificio que buena fé.

Se ignora el fin de Gotescale, y si murió obstinado en sus errores.

SIGLOS DÉCIMO Y UNDÉCIMO.

INTRODUCCION.

El siglo décimo, fecundo en grandes trastornos, no vió nacer ninguna nueva herejia, si bien aparecieron sectarios de algunas de los pasados tiempos.

Si fijamos la vista en el Occidente, veremos por todas partes guerras civiles, que forman una de las mayores y más terribles plagas que pueden caer sobre los pueblos. Sus consecüencias son más desastrosas y funestas que las que se sostienen con países extranjeros, si bien unas y otras traen en pos de sí la desolacion y la muerte. La decadencia del comercio, la ruina de la industria, la desmoralizacion en las costumbres, el endurecimiento de los corazones en los que se extingue el sentimiento del amor á los semejantes, y el empobrecimiento de los pueblos que sin cosechar son al mismo tiempo aniquilados por tributos; tales son los naturales efectos de las guerras, que aun hoy en el siglo del progreso y de la civilizacion se sostienen para